

CARTAS A ya

SOCIALISMO
Y COMUNISMO

Don Manuel Rafart, periodista político en su día de "El Sol", "La Tierra", "Luz", "Orsol" y "Diario de Madrid", que salió de España en septiembre de 1936 y ahora reside en Miami (Estados Unidos), nos dirige una extensa carta.

"He leído el primer artículo de una serie que escribió don Gregorio R. de Yurre titulado '¿A cuál de las corrientes marxistas pertenece el PSOE?'.

La pregunta que formula el señor Yurre acentúa mis dudas acerca de la ideología de Felipe González, que me han llevado a formular una pregunta que reitero: ¿Qué diferencia hay entre un socialista marxista y un comunista?"

No es la anterior la pregunta de un indocumentado, sino la de un estudioso del socialismo.

Pero a mis estudios y a mis lecturas uno le da de haber tratado a los principales hombres del PSOE hasta 1936, con la excepción del doctor Jaime Vera, y a muchos comunistas cuyos nombres iré exponiendo, y de haber dado trabajo—fuera de la política, naturalmente—a dos ex secretarios generales del PCE, como César R. González y a Juanito Andrade; de haber sido causante de la destitución de Bullejos y de esconder a su sucesor en casa del viejo anarquista don José Mena, en Alberto Aguilera.

El doctor Vera era el ideólogo del PSOE y, según me informaron quienes le conocieron, conocía una edición extractada de "El capital" publicada en francés. Pablo Iglesias, años después, conoció esa obra en una edición superextractada, publicada por una editorial valenciana cuyo nombre no recuerdo, hace casi setenta años.

Pablo Iglesias era un obrerista o gremialista más preocupado por los problemas políticos-sociales que por los económicos. Y sus leves nociones marxistas empezaron a opacarse tras el fracaso de la huelga revolucionaria de 1917, de la que no fue un entusiasta, y del triunfo bolchevique a finales de dicho año. Su alejamiento del marxismo—si es que alguna vez lo profesó plenamente—se fue haciendo ostensible. No es una especulación, es una realidad que comprobaba en las conversaciones de "El Abuelo" con sus visitantes a su piso de la madrileña calle de Ferraz y que más tarde sostuve con él.

En la reunión celebrada en Petrogrado y Moscú por la II Internacional, en 1919, Pablo Iglesias, con su autoridad indiscutible, propuso que la delegación del PSOE la presidiera Fernando de los Ríos, por su dominio de idiomas, y se acordó se opusiera a toda modificación de la base en que se asentaba la Internacional Socialista. En aquellas sesiones, Lenin, Trotsky, Bujari, Chicherin, Zinoviev, Kamenev, Kirov y otros demostaron hasta la saciedad que el marxismo era inaplicable sin el complemento de la doctrina leninista, que era básica la creación de los "soviets"—consejos—de obreros campesinos y soldados para liquidar la burguesía e implantar la dictadura del proletariado y el capitalismo de Estado, paso previo para poner en marcha el socialismo, superar éste y llegar al comunismo. Y cuando éste estuviera sólidamente asentado, recorrer la etapa final. Todos calificaron de reformista a la II Internacional. Los defensores de ésta arguyeron que Marx había previsto que el marxismo triunfara en los países capitalistas e industrializados y no en un país atrasado, y que reconocer ese y otros errores de Marx no era ser reformista, sino realista. Señalaron, por otra parte, que los

bolcheviques no sólo habían exterminado a los socialdemócratas de Kerensky, sino a los socialistas e incluso a parte del ala minoritaria del comunismo, los mencheviques. El resultado fue que se produjo la escisión. La delegación del PSOE votó contra la III Internacional, con la excepción de Daniel Anguiano, hombre íntegro, amigo y compañero de luchas de Pablo Iglesias, líder de los ferroviarios españoles de la UGT, pero que se dejó convencer por los rusos. Pablo Iglesias dispuso su expulsión del partido y de la UGT.

(Permitáseme un paréntesis a propósito del exterminio de los socialistas por los comunistas. La primera visita de Felipe González al exterior fue a La Habana, para hablar con Fidel Castro, que no ha dejado un socialista vivo o en libertad, como hicieron los rusos, búlgaros, rumanos, alemanes orientales, albaneses y yugoslavos. Sin olvidar la defenestración de Benes, la invasión de Hungría y de Checoslovaquia, terminando con la "primavera de Praga" y sacando de sus cargos a Svoboda y a Dubcek. El comentario de Castro respecto de González fue que "este muchacho está verde ideológicamente, pero es aprovechable porque conoce la lucha clandestina, tiene atracción personal, es hábil y es inteligente".

De casa de Pablo Iglesias recuerdo a Andrés Ovejero, a Julián Besteiro, Fernando de los Ríos, Indalecio Prieto, Largo Caballero, Carrillo, Teodomiro Menéndez, Andrés Saborit y González Peña, entre otros, y ninguno de ellos estaba dentro de la ortodoxia marxista. Los ortodoxos eran los "alemanes", como llamaban a Alvarez del Vayo, Araguistain y Martínez Pedrosa, que hizo una densa traducción de "El capital". Posteriormente conocí y traté a Jerónimo Bugueda, que fue subsecretario de Hacienda y no era marxista; a Francisco Menoyo, alcalde de Granada, diputado a Cortes, coronel de Ingenieros y jefe de un cuerpo de ejército, que tampoco era marxista; a Jiménez de Asúa, que tampoco era marxista; a Juan Negrín, que antes de la guerra distaba mucho de ser ortodoxo, y a Trifón Gómez, diputado, hombre muy inteligente, al que traté poco en el Congreso y me dio la impresión de ser un heterodoxo del marxismo.

Muerto Pablo Iglesias se hizo evidente que para el PSOE la forma de gobierno era indiferente. Fue punto polémico la aceptación o no por Largo Caballero de un cargo en el Consejo de Estado u otro alto organismo, y cuando los republicanos propusieron firmaran en 1929 el pacto de San Sebastián, contra la Monarquía, existieron discusiones dentro del Comité Central, hasta que al fin se impuso la tesis política de Prieto, que soportó, como Menéndez, que le llamaban burgués.

A mi pregunta inicial dirigida a don Gregorio R. de Yurre, referente a qué diferencia existe entre un socialismo marxista, que, de entrada, pide la nacionalización de la tierra, y un comunista, me formuló a mí mismo otras a las que no encuentro contestación lógica. ¿Merece la pena haber luchado cuarenta años contra un sistema que ha sido rechazado por el referéndum de 1976 y las últimas elecciones, para luchar por la implantación de una dictadura marxista, más férrea e implacable que la anterior?

La historia se repite, pero no las circunstancias ni el "tempo". En 1930 eran comunistas o se lo creían Prados Arrate, sobrino del marqués de Urquijo; Alejo Fernández Flórez, hijo de millonarios; Juan Antonio Balbontin, hijo de un magistra-

do bien situado económicamente y ex hijo de San Luis, entre otros. Y en el grupo del ingeniero Cárdenas—casado con una hija del conde de Coello de Portugal—, en el Ateneo, era decisiva la influencia que sobre el matrimonio y su grupo tenía Martínez de Pinillos, hermano de las "vedettes" Hermanas Pinillos. ¿Lo recuerda Pepita Carabias (hoy doña Josefina), Pepe Rico, los Obregón, Antonio, entre ellos? Y fueron a combatir a Jaca, con el comunista y heroico capitán Galán (el buenazo de García Hernández, también fusilado, de un valor y serenidad inigualables, no era comunista) y con el tesorero haber sido su padre, del Cuerpo de Ingenieros del Ejército, como él, profesor de Alfonso XIII. A ese grupo nos acercábamos a veces Ramón J. Sender, que era anarcosindicalista; otro joven anarquista llamado Checa y yo, sin infectarnos, aunque corri peligro, pues me pidieron alguna colaboración para el semanario "Rebelión", y envié un trabajo.

Al cabo de los cuarenta años veo cómo, por un falso idealismo, por espejismo, hijos de familias acaudaladas en España se hacen comunistas, como los hijos de generales y jefes de la Marina de Guerra. No me he librado del mal y tengo tres familiares comunistas en Cuba y en España, contando con ingresos decorosos. Si la historia se repite, la época es irrepetible. Hace cuarenta años podían atribuirse los escasos logros de Rusia a sus guerras contra Wrangel y Kolchak, a la formación de la URSS en 1922, a la lucha por el poder en 1924, a la muerte de Lenin, de la que emergería triunfador Stalin y se crearía la IV Internacional, y a las "purgas" contra los kulaks y sus luchas con éstos. No se había publicado entonces "La gran estafa", de Eudocio Ravines, que abandonó el comunismo tras haber residido decenas de años en Moscú como miembro del Buró Latinoamericano. No se conocía "La nueva clase", de Djilas, un comunista yugoslavo que sigue en su patria preso, pero comunista; ni obras como "El gran círculo", "Un día en la vida de Iván Denisovich", publicado en Rusia; ni "El archipiélago de Gulag", los tres últimos de un comunista, Soljenitsin, testimonios irrefutables, y el segundo, repito, editado en Rusia.

¿Cómo es posible que los supuestos idealistas y "tontos útiles", según la definición de Lenin, no se den cuenta de que ha surgido una nueva clase que ha sustituido a la alta burguesía, y que los altos jerarcas comunistas tienen suntuosas mansiones, criados, fincas de recreo, autos cómodos y modernos, almacenes exclusivos para comprar en ellos artículos suntuarios de uso y vestido y viveres, a los que no tienen acceso el pueblo? Este, sin embargo, tiene que hacer colas interminables para lograr a veces los viveres racionados, una camisa basta, un par de calzado al año y vivir hacinados, en espantosa promiscuidad, en pisos antihigiénicos. Esto es comprobado y comprobable.

¿Es racional que haya quien salga de una dictadura de cuarenta años para entrar en otra que, respaldada por su poderío militar, quiere imponer no sólo su hegemonía ideológica, sino el imperialismo militar y económico ruso? ¿Es que no leen historia y no quieren enterarse que durante la última guerra mundial, Stalin, cuando se dirigía al pueblo, lo hacía invocando a la santa madre Rusia y no al comunismo?

No encuentro contestación lógica a mis preguntas. Tal vez el señor R. de Yurre haya contestado a la inicial, pero a las otras que me hago no encuentro contestación razonable.